



"Si dejas de darte, cejas de amar"



El 17 de noviembre de 1971, dejó de existir el

## PADRE ANTONIO TIRANTI

a los 43 años, después de sufrir las alternativas de una grave y empecinada enfermedad.

La vida del Padre Tiranti culminó con una muerte que es principio de nueva Vida. "Si vivimos, para el Señor vivimos, y si morimos, para el Señor morimos. Así que, ya muramos, ya vivamos, del Señor somos".

Toda su vida fue una Pascua vivida gozosamente. Fue el cumplimiento de estas palabras a Romanos (14, 7).

Y hoy llega a su culminación, al pléroma, a la *Cristifinalización*.

Cuando hace apenas unos meses, regresábamos del sepelio del Padre Francisco Romagnino, el Padre Tiranti proclamó, como si fuera desde el ambón de él tan querido: "Ahora me toca a mí". Las dos palabras antitéticas, que miradas con ojos de fe no solamente son hermanas, sino gemelas, fueron para él un único acto vital: Muerte y vida, destrucción y resurrección.

No fue un salto de lo terrenal a lo celestial; ni tampoco la caída de una barrera o espesa pared; sino el deslizarse de un simple diafragma, de una tenue substancia corpórea tan sutilizada, traslúcida y transparente al final de su carrera. El duelo entre el ágape constructor y el tánatos destructor se cumplió como lo canta la secuencia de la liturgia pascual: "la vida y la muerte se trabaron en tremendo duelo"; el Señor de la Vida fue muerto, pero ahora reina vivo".

Sin embargo, momentos antes, en la antesala de su Pascua, sintió llegar tremenda, la "pálida mors". Trepidó su entereza... tal vez para asimilarse totalmente a su modelo Jesucristo que gimió: "Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz". Y como Cristo también —que quiso gustar toda nuestra muerte— dio su grito de victoria aceptando la voluntad divina. Su rostro demudado, agónico; sus labios cerúleos, lívidos, al instante dibujaron una sonrisa de placidez, gozo, alegría, paz infinitas... Era la del *encuentro*. Era el aleluia de la culminación de su Pascua.

\* \* \*

El Padre Antonio Tiranti nació el 2 de junio de 1928, en Vignaud, Pcia. de Córdoba, a la sombra del hermoso Santuario del Sagrado Corazón. En el Colegio Nuestra Señora del Rosario inició los estudios primarios y, allí mismo, se despertó su vocación al sacerdocio.

En el aspirantado del mismo nombre realizó su primer tramo hacia la meta de sus futuras ascensiones. En 1947 cursó el año de Noviciado en Los Cóndores. Después de emitir sus votos trienales, pasó nuevamente a Vignaud para entregarse a sus estudios de filosofía y magisterio. Desde 1951 al 1953, lo hallamos en Rosario en donde pasó el trienio práctico. Al finalizarlo, ingresa en el Teologado de Villada, Córdoba, recibiendo cuatro años después, más precisamente el 24 de noviem-

bre de 1957. Desde 1958 ejerce su activo apostolado sacerdotal en Rosario, en la sección de los industriales. En 1964 y 1965 actúa muy eficazmente en San Nicolás y, desde el 1966 hasta el día de su prematura desaparición, desarrolla una actividad sorprendente en la sección Bachillerato del Colegio "San José" de Rosario, y entre la juventud de toda la ciudad sobre la que ejercía un ascendiente extraordinario, gracias a sus cualidades oratorias y a su sencillez incisiva y práctica. Su mal comenzó en forma casi imperceptible, medio subrepticamente: un abceso en el cuero cabelludo extirpado oportunamente. Luego fue, a los pocos años, un tumor maligno operado con todo éxito, al parecer, por el doctor Mainetti a indicación del médico de nuestro Colegio, doctor Rodolfo Kleinlein. La operación se realizó en La Plata y, cuando todo hacía presumir una larga y penosa convalecencia, a los pocos meses el P. Tiranti volvía a su plena actividad, ante la admiración de todos, incluidos los mismos médicos. Las oraciones de todos sus amigos habían colaborado con la ciencia.

Pero al año, el mal oculto y en asecho, levantó nuevamente su cabeza, negándose a someterse a las sabias, solícitas y fraternales prescripciones médicas.

El P. Tiranti no cedía tampoco en sus ansias apostólicas. Mientras pudo actuó a la luz del sol con un dinamismo sorprendente como quien quisiera realizar más de lo que el tiempo permitía. Cuando tuvo que resignarse a las limitaciones de su habitación, ésta se transformó en templo, locutorio, confesonario, abierta para todos y en una entrega total al prójimo.

Si causaba admiración su físico que se consumía a ojos vistas, día a día, no menos la producía el deseo de trabajar, de rezar la Misa de 11 en los días domingos, de seguir paso a paso a la sección de Bachillerato de la cual era Catequista.

Sus alumnos y exalumnos —a su pedido— se turnaban con solícita premura en los cuidados elementales de su enfermedad.

El enfermero Rodolfo Cañete prestó innegable y activa colaboración al ya mencionado Doctor Rodolfo Kleinlein que, junto a su sabia competencia, puso a disposición del extinto el inmenso caudal humano de verdadero amigo.

Los miembros de la Comunidad, sin excepción, seguían ansiosos las alternativas de su enfermedad y le prestaban sus atenciones fraternales. Lo alentaban, se unían a sus oraciones y sacrificios. Cuando quien esto escribe lo visitaba después de las visitas a las Casas de la Inspectoría, leía en el Padre Tiranti la inmensa alegría de sentirse también acompañado por los Hermanos del Norte y del Sur, del Este y del Oeste...

Pero quien fue un auténtico samaritano, de día y de noche, en cualquier momento, fue el Padre Jacobo Spech quien no sólo le aplicaba las fre-

cuentas inyecciones prescritas, sino todo tipo de atenciones hasta el más mínimo detalle, con suavidad, amor y ternura y a la vez con suma competencia. El enfermo valoraba esta ejemplar solitud de su Padre Prefecto.

La Hermana Irma Tiranti, Directora del Colegio María Auxiliadora, también moría un poco a cada instante con el Padre Tito, mientras le prodigaba su atención realmente maternal.

Valoraba asimismo la visita del Pastor Metodista Roberto Romanenghi, como así también la del Rector de la Iglesia Anglicana San Bartolomé, Don Enrique E. Baker quien, al escribir, en un periódico local, decía: "Cada vez que lo visité, en estas últimas semanas, me hacía sentir la presencia de Dios. Oramos juntos y compartimos experiencias íntimas del amor de Cristo para con nosotros. Comprendimos ambos que realmente existe la unión entre dos personas de diferentes confesiones, si Jesucristo los unía con su amor y con su gracia. Para mí fue una maravillosa experiencia presenciar la paz del P. Tiranti; en medio del dolor descansaba en el amor y la voluntad de Dios. Deseaba vivir para Cristo, si así fuera la voluntad divina y hablaba de lo mucho que él podría hacer; pero su corazón estaba sujeto a la voluntad de Dios, y si así lo dispusiera, él estaba anheloso de partir de este mundo para estar con Cristo. Doy gracias a Dios por haberlo conocido; y ciertamente el Padre Tiranti, en vida y en muerte, se hacía eco de las grandiosas palabras de San Pablo: "He peleado la buena batalla; he acabado la carrera; he guardado la fe, y me está guardada la corona de justicia que me dará el Señor, en aquel día". Y llegó el momento culminante. Después del estremecimiento humano de espanto instantáneo, se serenó como Cristo, y volvió al Padre.

\* \* \*

La noticia de su fallecimiento se extendió rápidamente por la ciudad y sus amigos, todos aquellos que habían sido tocados por su persona, convergieron de distintos puntos hacia el templo de María Auxiliadora para rezar por su eterno descanso.

Los cantos que el extinto había enseñado a sus alumnos, resonaron durante toda la noche junto a su féretro con emocionado entusiasmo.

La inmensa teoría humana fue engrosándose hasta el momento de la Misa concelebrada por más de 30 sacerdotes. En nombre del Padre Inspector, Juan Glomba, y del Padre Director, Francisco Tesarolo, ausentes a causa del Capítulo General de la Congregación, tuvo el honor de presidir la asamblea cristiana que oraba por el ~~Hermano que había partido~~. Después de las lecturas bíblicas, el Padre Néstor Alfredo Noriega tejó la sentida homilía. Entre otros conceptos, expresaba: "Tu pasión, tu única, desbordante y quemante pasión, la que más que la despiadada enfermedad que consumió tu cuerpo fue la que devoró cada hora y cada instante de tu preciosa vida, fue la de darte, la de vivir brindándote en cuerpo y alma a todos, a Dios a través del prójimo, que es el modo más humano y más divino de darse con auténtica y trascendente plenitud. Nada ni nadie pudo detenerte en esa carrera irrefrenable, que sólo la muerte pudo contener". Más adelante dijo: "Viviste, sufriste y moriste,

dándote. Tu vida y tu muerte, tu cuerpo y tu alma, fueron una única y prolongada Misa en la que tú mismo ofreciste al Padre la alegría inicial de tu celo plétórico y contagioso, y luego el sufrimiento concientemente aceptado de experimentar en carne propia, como Cristo en Getsemani, aquello de que si el grano no muere debajo de la tierra, no puede verdaderamente fructificar para la vida".

Concluyó luego: "Tito del alma: recordanos a todos junto al Padre, sé nuestro abogado y defensor, y pídele nos dé la fortaleza que tú tuviste para hacer también nuestro, el lema que devoró tu vida: "Si dejas de darte, dejas de amar".

Habló también el Padre Director de Resistencia, Juan Pinolini, en nombre de los Hermanos del Norte y de los compañeros de ordenación del Paraguay, aseverando que en estos tiempos en que el concepto del sacerdocio no es del todo correcto, la imagen del Padre Tiranti lo restablece en su justo lugar: "Por que esto eras: un sacerdote según el corazón de Dios y de Don Bosco; lo demás, y no era poco, lo cumplías siempre en función de tu sacerdocio".

El Presidente de los Exalumnos, Doctor Roberto Vázquez, aseguró: "Fue un sacerdote de Don Bosco, como el santo de los jóvenes lo quería para sus jóvenes, imagen de su bondad y de su capacidad, abierto de corazón y de manos para brindar a todos con su sonrisa franca, la palabra amiga, que como bálsamo se recibía ávida, porque siempre era una enseñanza".

Siguieron en el uso de la Palabra, en esta homilía-despedida, un alumno de quinto año de Bachillerato y la señora Miranda de Gil, en representación de las madres de San Nicolás.

Prosiguió la ceremonia religiosa, con la participación del alumnado, familiares del Padre Tiranti, autoridades civiles y religiosas, representaciones de Colegios de la ciudad, de Trinidad, de Vignaud, Paraná, Santa Fe, Manucho...

Después, en medio de una impresionante congoja, partió el cortejo fúnebre hacia el panteón que la Familia salesiana posee en el cementerio de la Piedad, en donde lo esperaba ya la paternal presencia del señor Arzobispo, Monseñor Guillermo Bolatti.

Entre rezos y cánticos, arrullado también por el "Salmo de Esperanza", recitado por su autor el Padre Tiberi, los restos mortales del Padre Tiranti fueron depositados al lado de otros beneméritos salesianos, que yacen a la espera de la final Resurrección.

\* \* \*

Agradezco a quienes nos han acompañado en estas jornadas de dolor e imploro de todos una oración por el querido Padre Tiranti, pensando que Dios puede hallar imperfecciones en el claro-oscuro de toda existencia humana, si bien es cierto que su enfermedad fue, a no dudarlo, un crisol de quemante purificación.

Mi cordial saludo en Cristo para todos.

Pbro. HORACIO IOVINE

Vicario Inspectorial y Vicario del Col. San José